

SAN JUAN DE ÁVILA, APÓSTOL DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

5. MAESTRO DE SANTIDAD SACERDOTAL Y APÓSTOL DE LA PALABRA

DOCTRINA SACERDOTAL

San Juan de Ávila tiene una amplia obra dedicada al ministerio sacerdotal, además de ser un tema omnipresente en sus escritos.

Cristo Sacerdote, Buen Pastor.- Su doctrina está fundamentada en Cristo, Sacerdote y Víctima, el Buen Pastor. En efecto «*si el sacerdote representa en la misa a Jesucristo nuestro Señor*», ello quiere decir que Jesucristo es el «*principal sacerdote y fuente de nuestro sacerdocio*» (TS, 10). Es el Buen Pastor que da la vida.

El sacerdocio espiritual.- Del sacerdocio de Cristo participan todos los cristianos por medio del bautismo. El creyente puede ofrecerse a sí mismo unido al sacrificio de Cristo presente en la Eucaristía. Esta oblación sacrificial es la actualización del camino de perfección o santidad cristiana.

«Si los sacerdotes ministros ofrecen, en su nombre, el sacrificio eucarístico, el Señor a los cristianos hízolos sacerdotes en el espíritu... así todo cristiano tiene poder para en el altar de su corazón sacrificar a Dios» (Juan I, 16).

La vocación sacerdotal.- Como toda vocación cristiana, es una respuesta a la vocación bautismal, a la llamada de Dios, al «*sígueme*» de Cristo. Las vocaciones, por ser don de Dios, existen si se piden en la oración y se procura la cooperación de todos. Surgirán en la medida en que el clero viva según el estilo de vida de los apóstoles.

«es grande engaño pensar que nuestro Señor falte en dar tales personas en su Iglesia, que puedan ser ministros verdaderos suyos. Porque el mismo Dios, que pide que sean sus ministros tales y derramó su sangre por tenerlos, ha puesto su Espíritu divino en muchos para poder serlo» (A I, 39).

El sacerdocio ministerial.- El Maestro Ávila entiende el sacerdocio como una **participación** en la unción de Cristo, una **representación** de su persona, una **prolongación** de su acción apostólica y una **imitación** de su misma vida. Por esto, «ha de ser la representación tan verdadera, que el sacerdote se transforme en Cristo» (TS, 26). Su objetivo es hacer posible la oblación sacrificial de toda la Iglesia. Por ello requiere tener celo apostólico, celo de almas o caridad pastoral y «como San Gregorio dice, no menor santidad que para ofrecer el santo sacrificio del altar» (T I, 37).

«En el oficio sacerdotal representamos la persona de Jesucristo nuestro Señor» (P 2). «*En la Misa nos ponemos en el altar en persona de Cristo a hacer el oficio del mismo Redentor*» (C 157). Por hacer al Señor presente, «*relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios*» (P 1).

Todo ministerio sacerdotal guía por el **camino de santidad**. El sacerdote ha de ser "padre de todos" (Plática 2) y "ojos" para llorar por sus males (P 2); pero también es oficio de "enseñadores" (S 55) y de "guardas de la viña" (S 8). Muchos de estos aspectos del ministerio y de la espiritualidad sacerdotal están relacionados con María como modelo y Madre especial de los sacerdotes.

Estilo de vida apostólico.- Por ser «*maestros y edificadores de ánimas*» (T I, 12), la comunidad eclesial necesita ver su ejemplo apostólico en todos sus pastores -obispos y presbíteros-, comprometidos en la vida de perfección evangélica: «*Él [Jesús] así lo dejó ordenado: que el Papa quedó en su lugar, y los perlados suceden a los Apóstoles, y los curas a los setenta y dos discípulos*» (S 81).

«No plega a Cristo que haya en vuestra señoría cosa, por amada que sea, que le impida hacer, pensar y hablar lo que sintiere ser agradable al Señor y provechoso a su Iglesia» (C 182).

El estilo apostólico supone vivir la radicalidad evangélica, de acuerdo con el "sígueme" de Cristo y su mirada de amor (Juan I, 14; S 77) *«que no vivía para sí, es decir, que no buscaba sus intereses ni su gloria, sino los intereses, la gloria y la honra de Dios: que conforme a la voluntad de Dios era gobernada su vida»* (Gal, 25). No teniendo en cuenta lo que le es lícito, sino lo que edifica la Iglesia y es expediente para el bien de ella (M II, 41).

Pastoral sacerdotal y oración.- A imitación del celo del Buen Pastor, la caridad pastoral redimensiona todos los aspectos del ministerio y de la vida sacerdotal: predicación, sacramentos, caridad, vida apostólica, presbiterio... Siempre con doble polaridad -hacia Dios y hacia los hombres- en perfecta y mutua armonía.

Los sacerdotes han sido llamados *«para pastores y criadores del ganado, que los apacienten en los pastos de ciencia y doctrina...»* (Tol. I, 6; S 81).

La oración como ministerio va unida a la caridad pastoral. Además del momento eucarístico, tiene lugar especialmente por medio de la liturgia de las horas (oficio divino). El sacerdote está llamado a tener *«tan gran fuerza en la oración, que aproveche a todo el mundo»* (P 2). Debe haber vida de oración como equivalente a vida de santidad, *«pues tiene oficio de orar, tenga vida de orador»* (AF 76). La oración sacerdotal es intercesora.

«Conviénele orar al sacerdote, porque es medianero entre Dios y los hombres» (PI 3). Su vida de oración garantizará los consejos que ha de dar: *«El sacerdote que no ora... darne ha por consejo de Dios consejo suyo»* (S 5 -2).

La formación sacerdotal (Seminarios).- El Maestro Ávila insistió por medio de los "Memoriales al concilio de Trento" y de las "Advertencias al concilio de Toledo", en la necesidad de una preparación adecuada para el sacramento del Orden.

Pide que los candidatos al sacerdocio educados, antes que ordenados, con formación remota y permanente –durante ocho años- , con santidad de vida y con gozo por haber sido escogido por Dios para este oficio. Para la ordenación presbiteral propone la edad mínima de treinta años y examinarlos sobre la caridad y la oración (S 10).

«Cosa muy cierta es que, si quiere la Iglesia tener buenos ministros, que conviene hacellos y, si quiere tener gozo de buenos médicos de las almas, ha de tener a su cargo de criar tales y tomar el trabajo de ello; y, si no, no alcanzará lo que desea» (T I, 9).

LA PREDICACIÓN O APOSTOLADO DE LA PALABRA

A lo largo de su vida el Padre Ávila se entregó enteramente a la predicación.

«en este predicador evangélico verán claramente, como en un espejo limpio, las propiedades y condiciones del que este oficio ha de ejercitar». (F. Luis de Granada, Vida)

Doctrina.- La dirige a los obispos, a quienes compete en primer lugar el deber de predicar la fe como maestros auténticos de la misma (LG, 24-25; CD, 13); a los presbíteros (LG, 28; PO, 4); y a los diáconos que sirven al Pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia de la Palabra y de la caridad (LG, 29; SC, 35, 4; CD, 15).

La Sagrada Escritura escogida para cada tiempo litúrgico marca la pauta de la predicación. La predicación ha de pretender **la gloria de Dios**, para inculcar el amor a Cristo, que es la mejor forma de dar gloria al que nos lo envió. Por eso es cristocéntrica, e invita constantemente a abrirse al amor del Padre manifestado en Cristo que es la piedra de donde el predicador ha de sacar agua, como dice san Pablo (P 4,11).. Es el medio para comunicar la vida divina y para **engendrar y criar hijos espirituales**.

No reflexiona a nivel informativo, sino a nivel **persuasivo**. Es kerigmática. Está al servicio de la fe como palabra de salvación. Ha de dirigirse **al corazón del hombre buscando su conversión**. Su receta para conseguirlo es **que se suba al púlpito templado**.

«él trabajaba para subir al púlpito, no solo con la actual devoción, sino también con una viva hambre y deseo de ganar con aquel sermón alguna ánima para Cristo».(F. Luis de Granada, Vida). *«llevaba el sermón bien enhilado»* (V-LG III, 5) y subía al púlpito tan templado que los que oían sus sermones no los olvidaban. Aunque sus palabras fueran de reprensión y de denuncia *«iban envueltas en amor, caridad y celo del aprovechamiento de las almas. Por esto le oían con notable afecto»* (V-LM I, 7-11 y 22).

Los contenidos de la predicación eran siempre sólidos, con abundante doctrina bíblica y patristica, expresándose con lenguaje inteligible y con frases llenas de colorido. Captaba la atención refiriéndose a situaciones concretas de la vida personal o social. Predicaba en forma de homilías (durante la celebración litúrgica), catequesis (a diversos niveles), pláticas o conferencias sobre formación para el pueblo en general, clérigos, religiosos y novicios. Se adaptaba al pueblo sencillo.

La predicación del evangelio puede suscitar contradicciones e incluso persecución. Predica la verdad invitando a un cambio de vida; si la palabra predicada no suscita un cambio de vida, es señal de que no se dice como palabra de Dios ni se recibe como palabra de Dios (S 28).

Más que señalar las dificultades de la predicación, el Maestro prefiere subrayar la parte positiva así como la dignidad del predicador. El predicador es como un ángel que anuncia un mensaje. Por esto es mensajero de Dios y nos habla de Dios a través de su boca.

Consejos.-

- Un buen testimonio de vida, de imitación a Cristo, quien no solamente nos despierta con palabras, mas con obras (S 80). *«los predicadores del Evangelio son luz del mundo, que están puestos sobre candelero, como ciudades asentadas sobre monte»* (G3).
- El pueblo cristiano necesita *«una doctrina llana que ésta es la que aprovecha más, y no grandes elucubraciones y retóricas. La buena predicación es, en boca de los predicadores, como piedras preciosas»* (A I,17)
- Para ser buen predicador se requiere tener el corazón libre para poder aplicar la palabra de Dios a las situaciones concretas.
- No decir palabra que no haya puesto en práctica previamente.
- Buena preparación previa, *«gustando o meditando lo que habían de predicar y profundizando los contenidos con estudio y recogimiento»* (C 7). *«Más imprime una palabra después de haber estado en oración que diez sin ella»* (C 4)
- Los predicadores tendrán algo que *«dar y que les quede, es decir, han de tener para sí y para los otros»* (S 80).
- El lenguaje del predicador ha de ser claro y concreto, vivo y cercano, sacado de la vida del pueblo, como hacía Jesús.
- **«Sed amigos de la Palabra de Dios, leyéndola, hablándola, obrándola»**.
- El secreto de su predicación: **«Amar mucho a nuestro Señor»** (V-LG I,2).

En resumen, el Maestro Ávila, con ciencia, elocuencia y amor, hizo posible que sus palabras iluminaran la mente, el corazón y la voluntad de sus oyentes y lectores. Por eso decía de los predicadores: **«Dichoso oficio, por el cual Dios es engendrado en los corazones humanos»**

«Su Palabra, / mantenimiento de alma es / y agua con que se lave, / fuego con que se caliente, / arma para pelear, / cama para reposar, / lucerna para no errar». Cántico de la Palabra de Dios, de san Juan de Ávila